

NOTAS DEL EXTRANJERO

FESTIVAL LISZT-BARTOK EN BUDAPEST

por Everett Helm

La idea de reunir a los dos grandes compositores húngaros Franz Liszt y Bela Bartok, en un mismo festival y en un congreso musicológico internacional, como se hizo en Budapest, fue una espléndida idea. Liszt y Bartok son lo suficientemente parecidos como para que las comparaciones no sólo sean posibles sino que hasta naturales. Al mismo tiempo, sus obras son lo bastante distintas como para proveer mucha variedad.

Dentro de un aspecto importante, ambos compositores son muy similares: los dos tenían igual interés por la búsqueda de nuevas formas de expresión, eran innovadores. No obstante, ni el uno ni el otro experimentaron con nuevos sonidos o técnicas porque sí. Los nuevos elementos que aportaron al lenguaje musical de sus respectivas épocas fue la consecuencia natural de su propia expresión dentro de sus vivencias, las que al mismo tiempo reflejaron el espíritu de su tiempo. Ninguno de los dos titubeó en extraer de fuentes tradicionales lo que convenía a sus finalidades expresivas. Es así como encontramos en la música de Liszt y Bartok las tendencias "moderna" y "conservadora" en yuxtaposición.

La importancia de Liszt dentro de la historia de la música se está aquilatando solamente ahora, y el congreso musicológico de Budapest, al que asistieron expertos de tres continentes, fue un paso hacia adelante en este sentido. Ha existido la tendencia a acentuar el lado más superficial, virtuosístico y hasta bombástico de la música de Liszt y a olvidar los valores más profundos. Poco a poco se está llegando a la conclusión, no obstante, de que Liszt no sólo fue un gran "espíritu" dentro de la música del siglo XIX

sino que también un innovador casi tan importante como Wagner —en ciertos aspectos hasta más importante—, porque muchas de las innovaciones de Wagner se encuentran en algunas composiciones anteriores de Liszt.

La "Sinfonía Fausto", de Liszt, ejecutada en el concierto de inauguración del festival por la Orquesta del Estado Húngaro, bajo la dirección de Ernest Ansermet, es una prueba de lo ante afirmado. Hacia el final de esta obra, tan rara vez escuchada, hay una progresión armónica descendente extremadamente parecida a uno de los temas de "Die Walküre, de Wagner. En cambio, esta sinfonía larga, algo difusa, pero nunca aburrida, incluye temas que son típicamente schumanescos, un perfecto ejemplo del Liszt múltiple que mira hacia el pasado y el futuro al mismo tiempo. La "Sinfonía Fausto", es una obra fascinante e injustamente olvidada, que contiene la esencia misma del espíritu romántico.

En el mismo programa se escuchó "Música para Cuerdas, Celesta y Percusión", de Bartok, obra que crea un contraste violento con la "Sinfonía Fausto". Esta composición de Bartok, de estructura apretada, en la que cada compás es importante, es una obra reservada, pero de poderosa expresión. Sin lugar a dudas, es una de las obras maestras de nuestra época.

Otro concierto de la misma orquesta, dirigida por Janos Ferencsik, fue memorable por la extraordinaria versión del Segundo Concierto para piano de Liszt. Dudo de que esta obra, inmensamente difícil, haya podido obtener semejante versión desde la época de Liszt. Sviatoslav Richter alternativamente acarició el pia-

no y atacó con furia posesiva, logrando la inverosímil combinación de poesía y vitalidad elemental. Tocado así, las debilidades de este concierto dejan de existir. El auditorio enloquecido de entusiasmo obligó a Richter a tocar un "encore" que no fue nada menos que la "Fantasía Húngara" para piano y orquesta, la que también fue tocada con un virtuosismo que quitaba el aliento.

Esa misma tarde, la "Cantata Profana", de Bartok, tuvo una ejecución conmovedora que contó con la colaboración del Coro de Budapest. Esta obra extraordinariamente bella, basada en una leyenda alegórica, ocupa un lugar preponderante dentro de las creaciones de Bartok. Por desgracia, rara vez es ejecutada fuera de Hungría, no tanto por sus dificultades musicales sino que porque se pretende que el texto en húngaro es intraducible. El resultado es que se nos priva de una de las más grandes obras de la literatura coral moderna.

La Opera del Estado de Hungría presentó sus tres obras teatrales en una misma función que se inició con una magnífica presentación de la ópera en un acto "El Castillo del Duque Barba Azul". Esta obra poco común, compuesta cuando Bartok tenía treinta años, refleja cierta influencia de Debussy y posee una frescura muy peculiar. Es bella música y música poderosa. Ambas cualidades fueron realizadas por la dirección sensitiva de Janos Ferencsik y las hermosas voces de los dos personajes que forman el reparto: Klara Palankay, en el papel de Judith, y Mihaly Szekely, como Barba Azul. La escenografía abstracta resultó ser la solución perfecta para subrayar el aspecto simbólico. Esta representación me obligó a revisar mi opinión anterior con respecto a "Barba Azul".

La próxima obra del programa fue el ballet "El Príncipe de Madera", un cuento de hadas alegórico para mayores, para

el que Bartok escribió una partitura fascinante. "El Mandarin Maravilloso" cerró el programa. Esta pantomima poderosa que incluye a una prostituta y a tres gangsters", revela una veta sardónica y curiosamente dura de Bartok, la que rara vez es aparente en sus demás obras y que parece reflejar la desilusión del período en que la compuso. Tanto en este ballet como en "El Príncipe de Madera" pudo observarse que el ballet en la capital de Hungría goza de un muy alto nivel.

En cierto sentido, el acontecimiento más importante del festival fue el concierto ofrecido por la excelente Orquesta de la Radio, bajo la dirección de Gyorgy Leher, con tres obras de la primera época de Bartok: dos movimientos de una sinfonía inconclusa (1902); Scherzo para Piano y Orquesta (1904), y el poema sinfónico "Kossuth" (1903). Resultó de inmenso interés escuchar estas obras iniciales, no porque tengan un gran valor musical, porque éste es limitado, sino porque demuestran claramente los orígenes del estilo de Bartok, profundamente enraizado en la época romántica. "Kossuth" es una obra bombástica de escaso valor, pero el Scherzo nos hace prever lo que vendría en el futuro, especialmente en la sección final. El movimiento lento de la sinfonía inconclusa tiene mucho atractivo musical, aunque no nos permite entrever que Bartok es su compositor. Así también, las dos otras obras de la primera época contienen claras reminiscencias de Liszt, Wagner, Schumann, Brahms y Richard Strauss. Lo que sorprendía e irritaba era la regularidad de los ritmos, metros y frases, debilidades que Bartok superó completamente en sus obras posteriores. Este concierto demostró con toda claridad la evolución del desarrollo estilístico de Bartok desde las banalidades de "Kossuth" hasta sus obras de la madurez.